

LA "LECTIO DIVINA" COMO MÉTODO DE EVANGELIZACIÓN

No es la primera vez que Selecciones de Teología se ocupa de la lectio divina. Esta lectura de la Biblia, iniciada por los Santos Padres y continuada en la vida monástica, es hoy día practicada por fieles de extracción social humilde, pertenecientes a comunidades eclesiales de base. La experiencia de esas comunidades la explica Michel de Verteuil en un artículo que presentó -condensado- nuestra revista (ST 129, 1994, 33-44). En la exposición de la lectio divina, el autor del presente artículo toma como punto de partida otra experiencia pastoral, esta vez con jóvenes: la Escuela de la Palabra, iniciada y promovida por el cardenal de Milán, Carlo María Martini. Una síntesis del método de la lectio divina que propone el cardenal de Milán fue publicada también anteriormente por nuestra revista (ST 136, 1995, Pág. 312). Para el autor de este artículo, la lectio divina, no sólo constituye un magnífico método personal de contemplación, sino que ha de ser además un servicio apostólico orientado a la evangelización.

«Lectio divina»: la oración de contemplación como método de evangelización. A propósito de una experiencia de Pastoral juvenil, Proyecto 21 (1995) 71-93.

I. La escuela de la palabra: una experiencia lograda

Hacía poco tiempo que Mons. Martini era arzobispo de Milán. Un grupo de jóvenes le pidió que les enseñara a orar. Tras un primer encuentro, los jóvenes le pidieron que continuara presentándoles nuevos modelos concretos de oración. El arzobispo les sugirió que se reunieran una vez al mes en la catedral. El primer mes (1980) se congregaron 300 jóvenes. A los diez años los seguidores de la Escuela de la Palabra eran más de 13.000, distribuidos por parroquias.

Este era el esquema de una reunión: recitación de un salmo para crear la atmósfera adecuada; breves indicaciones de tipo metodológico; lectura de un texto bíblico; explicación exegética, litúrgica y espiritual (unos veinte minutos) para facilitar la apropiación del texto a la vida de los oyentes; silencio prolongado para la oración y contemplación; invitación al compromiso personal. Si el texto era el de un salmo, al final se cantaba lentamente en forma responsorial, para convertirlo en texto de plegaria.

El comentario del cardenal no pretendía exponer el sentido del texto. Ni lo comentaba ni lo explicaba. Se proponía más bien poner a sus oyentes frente al texto, exponerlos a la fuerza renovadora de la Palabra, facilitándoles los instrumentos necesarios. El elemento determinante era el tiempo de silencio, un silencio activo, en el que se adora a Dios presente, se dialoga con El partiendo de la Palabra que nos ha llegado, para releer la propia vida personal y la de la comunidad eclesial con los ojos de Dios.

El cardenal es consciente de que no pocas experiencias religiosas recientes confían más en el contagio emotivo del grupo que en la fuerza persuasiva de la Palabra. Por esto exclama: " ¡Ay del que olvida la fuerza creadora y formativa de la Palabra!". La experiencia con los jóvenes le ha hecho comprender que es posible educar a una

comunidad en la escucha de la Palabra. Los hechos han avalado el criterio del cardenal. Pues de la *Escuela de la Palabra* han salido toda una serie de iniciativas renovadoras de la vida de la Iglesia y de la pastoral diocesana, como la creación de una *Escuela para la Educación sociopolítica*, que tiene como objetivo capacitar a los jóvenes para hacer de sus compromisos personales metas de cambio social y político.

II. La "lectio-divina" como método

La *lectio* es un "ejercicio sistemático de escucha de la Palabra". Quien se ejercita en ella tiene como meta descubrir la voluntad de Dios en su propia vida. Para esto emplea como medio la lectura de la Biblia siguiendo una metodología precisa, aunque flexible. La lectura de la Biblia es el instrumento de la escucha de Dios. Es al mismo tiempo lectura de la Biblia y lectura de la experiencia, lectura de la Biblia y lectura de la vida. El esfuerzo de escucha es personal e intransferible, pues Dios nunca habla indiferenciadamente ni quiere lo mismo de todos. Su escucha, pues, no es delegable. Ni siquiera la comunidad eclesial, que es el ámbito propio para la escucha de Dios, puede sustituir el esfuerzo individual de búsqueda.

La denominación *lectio divina* se atribuye a Orígenes. La tradición monástica la asumió y sistematizó. Hoy sigue siendo el método más recomendable de lectura creyente de la Biblia. No requiere educación especial, pero sí cierta disciplina. En su forma clásica, la *lectio* tiene cuatro etapas, que responden a las actitudes permanentes que debemos tener frente a la Palabra de Dios. Han de recorrerse todas y en el orden que se indica. No obstante, en la práctica habitual no es fácil diferenciarlas: son grados de un único proceso.

1ª. La *lectio*. Es la lectura pausada y repetida del texto bíblico, hasta que el texto hable por sí mismo. Por más conocido que resulte, esa lectura del texto jamás ha de omitirse. Creerse ya familiarizado con un texto suele llevar a no saber apreciarlo. La lectura pretende entender el texto por lo que en él se dice. No es el lector el que pone cuestiones al texto, sino que se ha de dejar cuestionar por lo que él dice. Ha de atenderse al texto y desinteresarse de cuanto a él le preocupa.

Y lo conseguirá si se fija en cómo lo dice, respetando tanto los silencios del texto -lo que no dice por obvio que parezca- como la forma de decirlo. La lectura atenta es el primer paso hacia la adhesión del lector a la Palabra. No basta con hacerse una idea global sobre los temas fundamentales. Pero tampoco es absolutamente necesario conocer el contexto, histórico y literario. Aunque, sin duda, esto también ayuda. No se lee ni para ilustrarse ni para ilustrar, sino para conocer la voluntad de Dios. No resultan, pues, imprescindibles más saberes previos que el saber leer y el saberse responsables ante Dios. La lectura debería ser en voz alta para restituir a la lectura su ambiente primero: la proclamación oral.

2ª. La *meditatio* es la reflexión sobre el sentido del texto y, su aplicación a la vida del lector. Este ya sabe lo que dice el texto en sí. Ahora busca lo que le dice a él. Se trata de "perforar la pared de la distancia entre el *ayer* del texto y el *hoy* de nuestra vida". Cuando la lectura convierte el texto en palabra propia, cuando hace suya la Palabra de Dios, ha llegado el momento de la meditación: la búsqueda de la verdad oculta en el texto. Es el momento de hacerle preguntas al texto y de resumir su sentido en una frase.

La percepción del sentido del texto no procede tanto del estudio cuanto de la experiencia vital del lector. Implica, pues, a toda la persona, que es sujeto y objeto a la vez de la meditación. Por confrontarse con la Palabra, la meditación se distingue de la mera introspección. Para que el texto ilumine la vida, la vida ha de iluminar el texto.

3ª. La *oratio* es la consecuencia de esa confrontación entre lo que dice la Palabra y lo que está viviendo el que la escucha. Ante lo que Dios quiere de uno se experimenta la propia pobreza. Y se inicia el diálogo, que es el centro de toda experiencia de oración. Es conversación no sólo porque el orante se vierte en lo que Dios le habla, sino también porque busca convertirse a él. En el proceso la oración tiende a prolongarse en la vida diaria. La oración tiende a simplificarse: el orante aprende a expresarse mejor con menos palabras. El texto bíblico presta el motivo y las palabras de la oración. Es así como la Palabra se vuelve alimento vital y el orante va aceptando el punto de vista de Dios, que ha descubierto, guiado por la Palabra, en el interior de su vida.

4ª. La *contemplatio* es silencio y adoración, admiración y gusto ante lo que Dios nos dice. El texto pierde importancia, pues Dios mismo se deja vislumbrar. Desaparece la preocupación por entender lo que dice el texto e, incluso, lo que a través de él me está diciendo Dios, para centrarse en experimentar y gustar al mismo Dios que habla. Al orante le basta saberse contemplado por Dios para acallar cualquier urgencia o necesidad. No hay que cejar hasta llegar a esto.

De la conversación con Dios se pasa, pues, a saberse en su presencia; de la atención a sus palabras a saberse atendido por su querer; del mirar a Dios a saberse contemplado por El; de la escucha de su Palabra a su descubrimiento en nuestra vida. *La oración es una búsqueda de Dios, pero también es revelación de Dios.* Pero para llegar a esto no es preciso separarse del mundo. La contemplación evita la huida del mundo. El lugar de la experiencia de Dios está en la propia vida.

Aquí termina el itinerario de la *lectio divina* en su versión clásica. La *lectura* privilegia el momento de la comprensión; en la *meditación* prima el esfuerzo de apropiación: la *oración* da paso al diálogo con Dios; en la *contemplación* aparecen el silencio y la adoración. Apoyado en la complejidad del proceso humano, que va del pensar al actuar, Mons. Martini lo prolonga en cuatro etapas adicionales.

La *consolatio*, un gozo íntimo, efecto de la certeza de vivir en comunión con Dios, es el estado que resulta de la contemplación y en el que surgen las grandes opciones cristianas. La *discreteo* consiste en la intuición espiritual que logra dar con lo que Dios pide en cada momento concreto. La *deliberatio* es la decisión interior que lleva a elegir siempre en conformidad con la voluntad divina. La *actio* es la realización de lo discernido y asumido como querer de Dios. La *lectio divina*, pone pues en marcha un proceso de vida en la que se cuenta con mejores garantías de acertar con lo que Dios quiere y se obtiene mayor generosidad para ponerlo por obra.

Con este añadido se subraya la dimensión operativa de la oración y se señala la presencia de la gracia a lo largo de todo el proceso. Se gana en claridad. Pero no se evita cierta impresión de artificiosidad. De hecho, cuanto se detalla iba ya incluido en el modelo clásico.

III. La contemplación como servicio apostólico

Pese a su eficacia reconocida, la *lectio* no deja de ser un método de oración. Para esto se requiere la fe. Y justamente la fe es lo que hoy está en crisis. El contexto secularizado en el que se vive hoy en el mundo occidental exige una decisión de fe personal que no puede fundamentarse ya ni en la costumbre ni en el ambiente ni en las tradiciones recibidas. Más aún, la fe es irrelevante en nuestras sociedades. En consecuencia, el creyente, como tal, es cuestionado y marginado tan sutil como eficazmente. Y no parece que los creyentes nos preparemos para hacer frente a esa situación. De hecho, respondemos de forma atolondrada. O tratamos de guardar la fe individual en la propia intimidad o pretendemos vivirla en grupos reducidos y homogéneos. Lo primero está expuesto al peligro de privatizar la fe, como si se tratase de un sentimiento personal. En el segundo caso se manifiesta la tendencia al elitismo: sólo se consideran buenos los que son buenos con uno mismo o con el propio grupo. En ambos casos aparece un debilitamiento en la vivencia común de fe y un "desenganche" de la Iglesia.

No basta, pues, con salvar la propia fe. El cristiano nace, no cuando dice creer, sino cuando da testimonio de su fe. Ha llegado para la Iglesia la hora de la evangelización, que ha de afrontar retos nuevos. Pero la novedad de esa evangelización no depende de los contenidos ni de una presentación del Evangelio. Ni siquiera la nueva situación de los destinatarios impone por sí misma una evangelización. Que los posibles oyentes del Evangelio hayan cambiado no cambia el mensaje. Hoy como ayer, la evangelización depende de los evangelizadores: "para devolver un sentido evangélico a la sociedad actual es preciso formar bien a los evangelizadores", pues "sólo una Iglesia evangelizada es capaz de evangelizar".

La novedad de la predicación cristiana radica en que la vida del evangelizador se ajuste al Evangelio. Y si el evangelizador no ha tenido el Evangelio en su corazón, si el Evangelio no ha sido objeto de su contemplación y motivo de su plegaria, no logrará mantenerlo en su boca. La nueva evangelización necesita creyentes nuevos. La llamada a la nueva evangelización es ante todo una llamada a la conversión, una conversión a la contemplación, de forma que transformemos en oración las obras de las manos.

La oración cristiana no puede proponerse como meta únicamente el restablecimiento de la paz interior. La oración ni es un camino de introspección ni ha de llevar al ensimismamiento. La oración cristiana es diálogo con Dios, que es el que lleva siempre la iniciativa. Y es ejercicio de fraternidad, que se afirma cuando se reza (Mt 6,9) o se ha de restablecer para poder rezar (Mt 6,15): cerrarse a Dios lleva a cerrarse en uno mismo.

Dos objetivos

El que quiera ser escuchado cuando habla de Dios debe haber hablado primero con El. La dimensión contemplativa es inherente a la misión profética del testigo de Dios. Si "a Dios nadie lo ha visto jamás" (Jn 1,18), tampoco el creyente puede verle. Su deber es escuchar su Palabra, o sea, "mirar las Escrituras como el rostro de Dios" (S. Gregorio Magno). El que quiera ponerse al servicio de la evangelización ha de ser contemplativo, o sea, ha de "ver el corazón de la Palabra con los ojos del corazón" (S. Agustín).

Para ejercitarnos en la contemplación, indispensable para evangelizar hoy, pueden ayudar estos dos objetivos:

1°. Descubrir la presencia de Dios en la vida, rastreando sus huellas. Se trata de *vivir como si se viera al Invisible* (al menos *de lejos*: Hb 11,14). Más que preguntarnos por si Dios significa algo en nuestra vida, hemos de buscar cómo, cuándo, dónde y, sobre todo, qué es lo que nos está diciendo en lo que estamos viviendo. Es entonces cuando nos descubrimos "Como presencia del Dios ausente, como signo de Él".

Al comunicársenos, Dios se extrovierte, se desvela, abre su intimidad. Diciéndose, Dios salva. Porque su Palabra hace lo que dice. Hablando, Dios nos ha creado. Hablándonos, se recrea. Para el creyente, el cosmos y la historia son producto y prueba del talante conversador de Dios. Por esto, prestando atención a la realidad y asumiendo su propia historia, logra el creyente escuchar a Dios y hacer experiencia de Él. Regresando a las raíces de nuestro ser, podemos deshacernos del acoso del quehacer diario, sin aislarnos del mundo y de los hermanos.

2°. Descubrir el querer de Dios sobre la propia vida. La vida no tiene en Dios únicamente su origen. En Él tiene también su meta. Quien vive porque Dios lo ha querido, no puede vivir según quiera. Su vida fue amorosamente programada por Dios. El proyecto de vida que podamos elegir no siempre coincide con lo que Dios había soñado de nosotros. Se impone ver el mundo y contemplarnos a nosotros mismos con los ojos de Dios.

El testimonio de ese Dios viviente, con el que uno se encuentra cuando emprende la tarea de asumir su querer como quehacer, es el centro de la nueva evangelización. Hoy el creyente hace experiencia de Dios *inmerso en la vida* y comprometido en las metas que El mismo ha puesto a la existencia.

Tres tareas

Para responder a nuestra vocación, hemos de responder apostólicamente a la necesidad de contactar con Dios que tiene nuestro mundo. Esto no podemos hacerlo sin ejercer la contemplación como ocupación personal y como servicio apostólico. Seremos testigos de Dios no por saber hablar de El, sino por haber hablado con Él. Saberse de Dios y no saberes sobre Él, convivencia y no palabrería es lo que espera de nosotros el pueblo de Dios. Es él quien nos necesita como *lectores* de la situación histórica desde la perspectiva de Dios. Como María, el que quiera llevar el Evangelio a su prójimo ha de convertirse, de creyente en la palabra, en su servidor. De los nuevos evangelizadores, la situación espiritual de nuestro tiempo parece exigir, como mínimo, tres tareas como imprescindibles:

1. *Silencio y adoración.* El silencio ante Dios no es tiempo inútil. Es la mejor provocación a nuestro alcance para que Dios rompa su silencio. Porque, en realidad, hoy es Dios quien guarda silencio. Acaso para que salgamos en su búsqueda: mientras echemos en falta su voz, aún puede mantener la esperanza de que no le hemos olvidado del todo.

De ahí que podríamos muy bien convertir la soledad en que vivimos en preanuncio de su presencia renovada. Guardando con respeto el silencio que Dios guarda, nos disponemos a recibir con gozo cualquier palabra suya. Apelando al silencio, el Dios que es Palabra se propone educarnos en un respeto mayor para con su Palabra. Guardando silencio, Dios nos invita a la contemplación como camino hacia Él y a la actitud de escucha como forma de encontrarlo.

Por el solo hecho de vivir, el creyente ha de convertirse en orante. La vida es diálogo con ese Dios que le quiso y quiso poner en sus manos el mundo y la vida de los demás. Todo lo que la vida le depara puede ser motivo de oración: no existe situación humana alguna que no pueda ser comentada, dialogada con Dios. Quien inicia nuestra vida con una palabra espera de nosotros una palabra pronunciada con la vida que le debemos. Se puede incluso perderle el respeto, con tal de no perderle a Él del todo, como hizo Job (3,1-42,6). Se puede incluso morir reprochándole su abandono, como hizo Jesús (Mc 15, 34.39). Pero no se debe uno callar: quien debe su vida a un pronunciamiento divino no puede mantenerse en silencio en su presencia. Quien calla ante Dios ha dejado de existir para Él. Dios nos imaginó hablando y somos imágenes suyas, si no perdemos la palabra.

2. *La comunidad, un lugar para la escucha.* Cuando Dios habla, convoca, crea un pueblo donde obtiene oyentes. Más aún, el Dios bíblico, incluso cuando dialoga con un individuo, habla para el pueblo. La audición de la Palabra del Señor está en el origen de la vida en común.

El Deuteronomio es seguramente el libro que más claramente plantea la alternativa: o escuchar a Dios y vivir o hacerse el sordo y morir (Dt 30,19-20). En su redacción actual se presenta como un discurso de despedida de Moisés, antes de que Israel inicie su entrada en la tierra prometida (Dt 1,1-5). En realidad, el libro supone la estancia secular en esa tierra y una larga experiencia de infidelidad a Dios: los bienes que se prometen son dones perdidos y la pena que se prevé, realidad sufrida. El redactor se ha valido de ese artificio para que se tome en serio su imperativo: "Escucha, Israel" (Dt 4,1; 5,1; 6,4; 9,1).

Y es que el pueblo, al que se le recuerda su deber de escuchar a Dios es un pueblo que le ha olvidado y que ha pagado ya su falta de memoria: ha perdido tierra, paz y hermanos y está a punto de perderse a Dios y a sí mismo. La llamada a la escucha de Dios es, pues, una invitación a recuperar la fidelidad y la garantía de su supervivencia: el pueblo que nace de la Palabra de Dios cuenta sólo con el Dios de la Palabra.

La pérdida del sentido de pertenencia a la comunidad creyente y los intentos de ir por libre hacia Dios son un obstáculo para el encuentro con la Palabra que es Dios. Únicamente en la comunidad que ha nacido de la escucha de Dios y en ella renace existe certeza de oír a Dios: sólo cuando el creyente se halla en asamblea confiesa que la Escritura leída es palabra proclamada de su Dios.

3. *La fraternidad, la respuesta debida.* Según la Biblia, el pecado no sólo consiste en no escuchar a Dios, sino también en no responder por el hermano. Ya en el relato de Gn 3, el hombre huye de la presencia divina para no tenerle que responder (Gn 3,9). Quien, al ser descubierta su desobediencia, no quiso responder ante Dios no pudo garantizar la vida y la responsabilidad en su familia (Gn 3,19). El que no quiso continuar el diálogo

que todos los días mantenía con su Dios, se encontró con que no pudo garantizar que sus propios hijos se mantuvieran en el diálogo y se hicieran prójimos.

Estremece advertir que Dios identificó el primer homicida en el hermano que intentaba desocuparse de su hermano, al no querer dar cuenta de él. Caín creyó que su negativa a responder sobre el paradero de su hermano le liberaría de la pregunta divina. En realidad, así es como Dios pudo intuir el asesinato perpetrado por Caín (Gn 4,9-10).

Al darnos prójimos, Dios nos ha encomendado como tarea su custodia. Huyendo de nuestra responsabilidad no encubriremos nuestro pecado, sino que lo haremos más evidente. Dios nos pregunta por nuestros hermanos. Al negarnos a hablar con Él, manifestamos nuestro pecado. Y la condena es terminante: quien no guarda a su hermano del mal se convierte en extranjero en su tierra (Gn 4,14). Sólo prestándole nuestra atención a Dios no privaremos al prójimo de nuestras atenciones. Es la escucha del padre lo que nos hace hermanos: nadie que haya contemplado a Dios rehuye la contemplación del prójimo como hermano.

Condensó: JORDI CASTILLERO